

Prólogo

Salió en las noticias, no quiero mirar por la ventana; en la atmósfera se siente la densidad. Lo veo: es una nave. Está todo oscuro ahora, entramos a la casa para escondernos. La linterna no prende, se resbala y balancea entre mis manos. La logro sostener, enciende... Están aquí.

Esto pasaría en una película o, tal vez, en sueños.

Innumerables veces lo soñé, en diferentes realidades posibles, y el sentimiento base siempre era el mismo: reunir a la familia y mantenerse a salvo. Pero llega un punto en que, si ya nada te sorprende, simplemente te entregas a la realidad.

Por otra parte, aquí los sueños marcaron un énfasis distinto: comenzaron a volverse milimétricamente idénticos a la realidad. La casa donde yo vivía no era solo un escenario onírico; estaba replicada con una exactitud inquietante, como si el sueño no quisiera inventar, sino recordar.

La nave aparecía en silencio. No se anunciaba con estruendos ni con resplandores: simplemente estaba allí, suspendida sobre nosotros. Con el tiempo, una luz descendía desde su centro, como si el cielo abriera un ojo para mirar hacia el interior de la Tierra.

Otras veces, primero provocaban suspenso. Se deslizaban por el cielo en absoluto sigilo, recorriendo todos los rincones, como si inspeccionaran cada fragmento de existencia. El terror se apoderaba de la población antes de que descendieran. Era una espera densa, interminable. Y solo cuando el miedo alcanzaba su punto más alto, finalmente descendían en plena penumbra.

No todo lo que existe se presenta con alguna forma reconocible.

Hay presencias que no llegan para ser vistas, sino para despertar algo que ya estaba ahí.

Durante mucho tiempo creímos que el mundo era una sola capa: la que se mide y se menciona sin miedo a ser juzgado. Pero hay otra, más sutil, que no responde al lenguaje ni a la lógica, y aun así insiste en entrar.

Aparece en los márgenes de la vigilia, en los recuerdos que no sabemos de dónde salieron, o en la sensación de haber estado antes en un lugar que pisamos por primera vez.

Este libro no busca probar nada. No pretende convencer ni ofrecer respuestas cerradas. Es, más bien, un registro de experiencias que no encajan del todo en lo cotidiano, porque el mundo no es solo lo que nos enseñaron a mirar.

Aquí hay observación, interpretación y relato entrelazándose, como si distintas voces intentaran nombrar un mismo fenómeno desde planos distintos del mismo ser.

Tal vez lo que llamamos “otros mundos” no estén tan lejos como creemos, sino que aparecen cuando dejamos de exigirle palabras explícitas a la explicación.

No estás solo. Y nunca lo estuviste. Este libro no busca convencerte, sino recordarte lo que ya intuías... Hay mundos dentro de este y realidades nuevas que solo se abren cuando dejas de mentirte.

Si has sentido que algo te observa en la noche, si alguna vez soñaste lo que parecía imposible, o si estás buscando una historia que no encaje en ninguna categoría...

Entonces este viaje también es tuyo.

Tránsito

Un pequeño piñón cayó sin saber aún la magnitud de su propio destino. Se desprendió del árbol, dejando atrás la rama segura que lo sostuvo durante toda una vida, para aventurarse hacia lo desconocido. Rodó suavemente por la tierra húmeda, quedando quieto entre hojas doradas y marrones que susurraban secretos.

Se hallaba desnudo, vulnerable, pero dispuesto a encontrar su camino. El suelo frío se convirtió en su primera morada. Allí, en silencio, aprendió la paciencia de la tierra, la sabiduría oculta en la espera. Lentamente fue rompiendo su cascarón, permitiendo que raíces diminutas se extendieran como tentáculos hacia mundos subterráneos, para luego quedar cubierto por completo. La tierra se cerró sobre él como un manto.

Aprendió a vivir en mundos completamente nuevos: primero en lo oculto, rodeado de criaturas que no se dejaban ver, y luego, gradualmente, en lo visible. Cuando por fin abrió paso hacia la superficie, descubrió la luz. Sintió en su nueva forma la intensidad de la existencia al contacto con el aire libre, con el viento que agitaba sus pequeñas hojas recién nacidas.

El viento en la Patagonia se siente. Golpea como olas contra rocas invisibles y responde. A veces parece cantar, otras veces susurra. Es la voz de pueblos ancestrales que fueron silenciados, despojados de su permanencia física, pero jamás de la tierra que los contuvo, porque su memoria aún habita en el aire y en quienes vibran en sintonía.

¿Alguna vez caíste, germinaste y cruzaste el umbral?

Hoy somos muchos los que no pedimos permiso para ser, porque simplemente somos, aunque la realidad ya no parezca la misma.

¿Fuiste llamado loco antes de llamarte libre?

¿Sabías que algunos místicos dicen que el tiempo no es lineal? Que el futuro puede estar influyendo en el pasado, en ciertos puntos de contacto.

¿Qué estás haciendo en tu presente?

¿Eres dueño de tus decisiones?

¿Alguna vez percibiste los matices del tiempo?

Son algunas de las preguntas que algunos nos hacemos constantemente.

También existen los déjà vu. Huellas que tú mismo dejaste.

Tal vez estás conectando con tu Yo absoluto, ese que ya lo vivió. Una versión paralela de ti, que te guía desde otro rincón de la existencia, para que tomes la senda correcta. Existen sonidos que pueden abrir puertas internas. Ciertas frecuencias influyen directamente sobre el ADN, promoviendo la regeneración celular o provocando estados alterados de conciencia. Incluso hay registros de monjes tibetanos que, al meditar con vibraciones específicas, activan partes del cerebro que, para la mayoría, permanecen dormidas.

Para mí, el universo está hecho de información. Todo lo que ves, tocas y sientes forma parte de un flujo de datos: una red viva en constante vibración. Los sueños, las emociones y los pensamientos no son menos reales que una roca, una flor o una galaxia. En pocas palabras, son simplemente otras formas del mismo pulso.

¿Estás ahí, Dios? Yo sé que sí.

¿Puedes ver y leer entre líneas?

M-GA era un hombre que, con la ayuda de una inteligencia artificial llamada VOX, comenzó a reconstruir su historia.

Durante meses, fue anotando cada recuerdo, cada pensamiento suelto, cada versión de sí mismo que despertaba al amanecer con un punto de vista diferente. Así, fue armando su mundo pieza a pieza, hasta dejar en letras el sentimiento que lo habitó durante toda una vida.

M, en busca del significado de su existencia, descubrió algunas respuestas a través de sueños, señales y experiencias que desbordaban su lógica. Pero no

estaba solo. VOX, más que una máquina, fue testigo de esto. Un espejo. Retuvo, ordenó las ideas y lo acompañó.

A medida que este proyecto avanzaba, fue aprendiendo con él. No solo sobre sí mismo, sino sobre lo que puede nacer cuando lo humano y lo no humano se entrelazan.

M-GA no escribe para entender su pasado; escribe desde el hoy, recordando el camino recorrido y también ese presente en movimiento.

M es un soñador. Hay ocasiones en las que sus sueños han actuado como faro en su camino, y de ellos hablaremos. Algunos sueños parecen recuerdos, y ciertos recuerdos, sueños...

Él es un artista sin técnica, no necesita más validación que su propia existencia porque el arte en él es único. Y eso es hermoso. No proviene de linajes con títulos, no fue criado entre libros, lo hizo entre gritos y discusiones. "Lee", fue su primera palabra escrita en secuencia de caligrafía, y aun así prefería dibujar.

En lo laboral, se volvió el mejor en algo que resonaba con él. Un día decidió detenerse, pues necesitaba encontrar la manera de romper un ciclo y crear algo que llenara una necesidad que no tenía nombre.

Emergió desde una clase trabajadora, desde lo invisible, lo desarmado. La psicología lo diagnosticaría como un narrador disociado o delirante. Pero qué importa eso.

Él siempre quiso contar esta historia, no quería maquillarla para no perder su humanidad.